

EL MUNDO- EL CULTURAL (II)

Tirada: 285.303
Periodicidad: Semanal

Fecha: 06/11/2009



EVA PÉREZ:
LÁPICES, 2009

—un adjetivo más desafortunado— de la performance, que exigiera que todo arte de acción fuese efímero y único —hay algunos *performers* que repiten, si no todo, parte del desarrollo de su acto en vivo—, y aunque

pueda resultar desorientador, por su misma indeterminación, quizá sea mejor acostumbrarse a que los límites del arte de acción no están tan perfilados como algunas mentes cuadradas quisieran. Por otro lado, en oc-

■ En los últimos años algunas de las prácticas performativas de mayor calado tienen a la calle por espacio privilegiado y lugar de conflictos ideológicos

siones, a la locución de performance se la asocia con la idea de falta de seriedad, de acto lúdico sin mayor trasfondo, de liviandad, de nimiedad, lo que supuestamente le restaría carga política. Esta lectura no me parece de recibo y de hecho en los últimos años algunas de las prácticas performativas de mayor calado tienen a la calle por espacio privilegiado y lugar de conflictos ideológicos. ¿Acaso la ocupación de espacios públicos —campesitas, plazas, calles...— que promovió el colectivo *Reclaim The Streets* desde 1996 no tiene una dimensión performativa?

Se pueden citar otros ejemplos de performances públicas, algunas de ellas de ríspido feminista en la primera década de este siglo XXI como las del colectivo boliviano *Mujeres Creando*, las de la artista brasileña Beth Moysés o las de la guatemalteca Regina José Galindo. Esta última concibió *¿Quién puede borrar las huellas?*, llevada a cabo en 2003 ante los guardias del Tribunal Constitucional de su país —verdaderos representantes del orden fillo— y supuso un recorrido de huellas hechas con sangre humana, en memoria de las víctimas del conflicto armado en Guatemala y en rechazo del genocidio Ríos Montz.

Por otro lado, en el mismo continente, en Argentina, desuellan los numerosos actos de intervención urbana con un cariz de arte de acción. En Buenos Aires, el Grupo Fosa desarrolló

un conjunto de performances que consistían en dormir en espacios públicos. Con el uso de unos simples sacos de dormir, los artistas trataron de alterar el entorno, insertando en él una acción habitual de carácter privado que acabó adquiriendo un alcance colectivo. Para los portefijos habituados a encontrar personas durmiendo en la calle la propuesta performativa del Grupo Fosa pudo resultar invasora y desconcertante, pues llevaban la misma problemática de los sin techo a lugares de consumo como los Supermercados Jumbo, en 2006, enfatizando las privaciones de muchos individuos.

Esta politización de las prácticas performativas —algunos lo llamarían arte de protesta— no impide que hayan emergido muchas otras formas de ejercer la performance, como las de contenido rayano en lo absurdo las que inciden en lo humorístico; las que ponen en valor sucesos cotidianos aparentemente triviales; las que ridiculizan las reglas racionalistas...

Recientemente, distintas instituciones, entre ellas, museos y algunas ferias, han organizado actividades que se pueden enmarcar en lo que acabo de describir. La pregunta es obvia: ¿estaríamos ante una rendición o claudicación del componente más subversivo y transgresor de esa acción viva, corporal, física, imprescindible para la performance? ¿Es éste el futuro domesticado que nos aguarda?

JUAN VICENTE ALIAGA

8-11-2009 EL CULTURAL 27